

Alfonso Ortí: El asombroso legado sociohistórico de un sabio amable (In Memoriam, 1933-2023)

Luis Enrique Alonso¹

“Los problemas y estructuras actuales de las sociedades humanas no se pueden explicar si se contemplan simplemente como datos estadísticos, como problemas y estructuras *hic et nunc*, susceptibles de ser abordadas de igual manera que los problemas y estructuras físicas, es decir como si fueran infinitamente repetibles en la práctica, como si se tratará de buscar para ellos leyes eternamente válidas (...) Los problemas y estructuras del presente adoptan una forma muy distinta cuando se ven a la luz del pasado, cuando se ven en unión de los procesos sociales largos que conducen a ellos”

Norbet Elias, *Mi trayectoria intelectual*, 1990.

Pocas personas han sido tan importantes para la sociología española como Alfonso Ortí, su contribución al desarrollo integral del razonamiento sociológico en este país ha sido literalmente apabullante; es evidente que nos ha dejado una obra escrita de una calidad deslumbrante y una extensión descomunal, y a lo publicado, que es mucho, hay que añadir miles de páginas –no es un decir– magníficas en forma de borradores, notas, apuntes, esquemas e informes que nunca se han publicado, aunque de una forma u otra han iluminado a varias generaciones de científicos sociales que dieron o se toparon con estos auténticos tesoros². Pero sería imposible valorar esta obra, estos textos, sin tener en cuenta su capacidad para generar contextos de conocimiento, su generosidad docente, su habilidad para generar espacios de colaboración e intercambio de ideas (y afectos), su trabajo por la institucionalización de un pensamiento social crítico y cívico, y, en suma, por atraer, combinar y potenciar a base de mucho y desinteresado esfuerzo, lo mejor de las iniciativas y prácticas sociales que se generaron en su entorno en los últimos cincuenta años. La figura cálida, amable y deslumbrante de Alfonso Ortí ha sido un nudo principal en la red de relaciones sociales que ha tejido la comunidad sociológica española y su inequívoco carisma ha sido el cemento para construir la base de muchas vocaciones e impulsar intelectualmente muchas carreras de personas hoy centrales en el ámbito de las ciencias sociales españolas y que encontraron en él, un modelo a seguir y respetar.

* * *

Alfonso Ortí se presentaba a sí mismo como un genuino exponente de la generación del 56, si bien su evolución, posición ideológica y planeamiento de modo de vida fue radicalmente personal, inclasificable y muy alejado de las élites culturales que luego se han asociado a esa generación. En todo caso, sus primeras referencias vitales estaban, cómo no, presididas por la educación, y primeras experiencias de concienciación política, en el ámbito más oscuro de la dominación franquista en plena autarquía; y el nacimiento de su sensibilidad social se produjo en el cuestionamiento intuitivo y vital del sindicalismo universitario falangista del omnipresente SEU de la época. Esas inquietudes intelectuales, le hicieron pronto interesarse por los episodios críticos –en todos los sentidos de la palabra– y en los personajes centrales que estudiaban la estrangulación y quiebra de la modernización histórica española.

El estupor personal ante el mantenimiento del régimen franquista y su rebelión intelectual amediados de los años cincuenta se van canalizando en un estudio renovado del colapso de la Primera República española y, una vez concluida su licenciatura en Historia en la Universidad de Valencia su proyecto de tesis doctoral auspiciada por el clásico maestro de historiadores José María Jover Zamora –y que militantemente nunca llegó a defender delante de un tribunal– sobre Joaquín Costa, el gigante republicano del 98. Sus primeros planteamientos críticos sobre la crisis del modelo social y político español de finales del siglo XIX y sobre la importancia de la enorme figura intelectual de

¹ Universidad Autónoma de Madrid.

² Es imposible citar aquí el inmenso número de textos de todo tipo que afortunadamente nos ha dejado Alfonso Ortí, contamos hoy con una herramienta esencial, es el libro compilado muy cuidadosamente por Ignacio Duque y Cristóbal Gómez Bento: *En torno a Alfonso Ortí. La sociología crítica como sociohistoria*, Madrid, UNED/Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2020, donde es posible encontrar además de magníficos artículos de especialistas en diferentes ámbitos en los que Alfonso fue máximamente relevante –evaluando su obra y contextualizando su personalidad–, una gran cantidad de información bio-bibliográfica sintetizada en el capítulo final.

Joaquín Costa en el análisis de la cuestión agraria y social de su tiempo (y de las *frustradas* posibilidades históricas de mejora en las condiciones de vida de las clases populares españolas) son el centro de un repertorio temático que va a acompañarle durante toda su vida y cristalizar en un corpus bibliográfico exuberante.

La dimensión y profundidad con las que Alfonso Ortí trató la vida y la obra de Joaquín Costa es imposible de reflejar, ni mínimamente, en una nota como esta. Valga la muestra de su sobrecogedora edición en 1975 –para para la colección de libros de la antigua *Revista de Trabajo*– de la Memoria completa del Ateneo de Madrid (1901) sobre *Oligarquía y Caciquismo* de Joaquín Costa y un conjunto de intelectuales y asociaciones de la época, en impecable presentación en dos volúmenes con más de trescientas abigarradas páginas de introducción, notas, esquemas y comentarios. Fue el primer texto suyo que leí y nunca había visto (ni he logrado ver) un proyecto de sociología histórica tan clarividente, totalizador y omnicompreensivo sobre una época, un autor y unas determinaciones sociohistóricas que iban a cristalizar en una auténtica tragedia española. Todo en aquellas páginas asombraba: la sagacidad de los argumentos, la libertad interpretativa, la originalidad en el uso del enfoque psicoanalítico y su aplicación a la investigación sociohistórica –a la altura de obras como *Conciencia y Sociedad* de Stuart Huges o *La Jaula de Hierro* de Arthur Mitzman–, pero, sobre todo el conocimiento de la historia de España desde sus elementos estructurales definitorios, sin ninguna concesión al academicismo, al formalismo, al embellecimiento retrospectivo o al autoengaño intelectual.

La lectura radicalmente novedosa de Joaquín Costa rescataba con vigor a un personaje habitualmente sepultado por las tópicas interpretaciones, o mejor, incomprensiones, liberales, propias de las élites culturales españolas cosmopolitas; que lo tacharon de autoritario, tradicionalista, garbancero –como a Pérez Galdós– o, gracias a Enrique Tierno Galván de *prefascista*. El torrente de escritos de Alfonso Ortí sobre Costa, que ha ido desplegando a lo largo de más de cincuenta años, ha puesto en juego potentes claves interpretativas nuevas y abordajes insólitos, como es analizar al pensador aragonés a la luz del concepto de populismo o situarlo en el contexto del bloqueo de la cuestión social (y su relación con la cuestión agraria) por parte de las élites propietarias españolas en su adaptación interesada a las diferentes etapas históricas del desarrollo capitalista español. Su historia intelectual a partir de Costa ha sido rigurosamente materialista y se ha separado bien conscientemente de la historia de las ideas, los grandes hombres o las minorías selectas. Progresivamente los estudios, compilaciones de escritos y ediciones críticas de la extensa obra de Joaquín Costa, (primero en solitario, luego acompañado por Cristóbal Gómez Bento) van a consagrar a Alfonso Ortí como uno de los más grandes especialistas internacionales en la obra de este autor, a la altura de Georges J.G. Cheyne, Eloy Fernández Clemente, o Alberto Gil Novales, pero sobre todo, van a abrirnos a una lectura integral de la realidad social española de la época, de sus ideologías políticas y de sus conflictos de clase, lectura inigualable por su clarividencia y radicalidad.

* * *

La revisión de la gigantesca obra del incomprendido, por tantas razones, Joaquín Costa en clave populista le hace a Alfonso desarrollar toda una reconceptualización teórica de las bases ideológicas del populismo que tiene especial actualidad en estos días, cuando el término ha cobrado especial vigencia; y si siempre había sido un concepto proteico y escurridizo ha devenido hoy en día en lugar común pleno de inconsistencias, mistificaciones y confusiones. Así, volver a las muchas páginas que Ortí le dedicó al populismo es una gozosa tarea para cualquier lector atento a esta temática y que quiera conocer a fondo la génesis sociohistórica de un fenómeno tan complejo.

Alfonso conocía muy bien las teorizaciones clásicas sobre el populismo desde Lenin a los franceses Jacques Maurice y Carlos Serrano, pasando por las aportaciones en este asunto provenientes de diferentes tradiciones de pensamiento dedicadas al populismo en Rusia, los Estados Unidos o los más conocidos casos de América latina (Walicki, Hofstadter, Wolf, Venturi, Germani, etc.); pero en su interpretación iba mucho más allá, al fusionar además un marxismo renovado –por otra vía que la que transitaba también por esa época Ernesto Laclau, ya directo hacia una posición postmarxista–, sus siempre agudas relecturas de Freud (su psicología de masas y sus *imágenes* maternas y paternas); y, ante todo, su conocimiento directo y en el largo plazo de las mentalidades campesinas y sus derivaciones fruto de muchos años de observación directa y de un trabajo de campo abiertamente dialógico. La compacta teoría del populismo, de Alfonso Ortí, reconstruyendo desde su génesis antioligárquica hasta su ambivalencia política (prefascista sí, pero en otros contextos y en lo concreto del conflicto también potencialmente presocialista), señala con agudeza sus dobles vínculos y contradicciones lógicas (exponente de un imaginario comunitarista, pero facilitador posible también de prácticas autoritarias o regresiones despóticas), así como, el peligro de disolver la esperanza instituyente de la lucha contra las élites dominantes en el mito regenerado permanentemente de un supuesto “pueblo” tan homogéneo y puro, como inencontrable y manipulable.

Toda esta apertura de Alfonso conducía a un estudio sociohistórico multidimensional e integral de las ideologías en conflicto en la España moderna y contemporánea. De ahí sus genuinas aportaciones sobre el pensamiento regeneracionista, su bloqueo y su impotencia para lograr un cambio social profundo en la vida social española de su tiempo. Al realizar Ortí un ejercicio de análisis que iba más allá de la típica historia de las ideas (de los intelectuales como entes absolutos y mentes preclaras) nos entregó una completa contextualización de los discursos de los intelectuales españoles de la Restauración en la estructura de clases, el conflicto sobre la propiedad y las luchas por la distribución, un diagnóstico genuinamente materialista histórico sobre el fracaso de la modernización institucional en España y su particular forma de llevarse a cabo en nuestro país la revolución burguesa, concepto que la historiografía oficial española de finales del siglo XX ya trataba de sacar del tablero para adentrarse sin complejos en interpretaciones liberales mejor recibidas siempre por los poderes académicos (realmente por todos los poderes).

* * *

Es resaltable la particular crítica a la cultura autoritaria más o menos disimulada de las clases propietarias españolas (la mayoría de las veces nada disimulada), lo que mantuvo a Alfonso siempre distante del también del liberalismo elitista dominante y particularmente de Ortega y Gasset –muleta teórica al uso y abuso del intelectualismo proburgués español–; crítica bien justificada a esas élites que poco o nada se interesaron demasiado por las condiciones sociales de las clases subordinadas españolas (que sí fueron fundamentales en Costa) y mucho por su reconocimiento narcisista por parte de los poderes económicos dominantes, lo que le confiere a muchas páginas de Alfonso Ortí una fuerza y una relevancia específica. Sus fuentes teóricas –Max Weber, de la Escuela de los *Annales* a Pierre Vilar, Norman O. Brown o Barrington Moore, por citar algunas evidentes– se conjugan y recombinan para fundirse en una personalísima visión de la historia de un desarrollo capitalista español que ha ido recomponiendo sus figuras de poder y sus formas de dominación “por arriba”, no dudando en apoyar las formas de institucionalización más caciquiles, regresivas y desigualitarias –como el mismísimo franquismo– para asegurarse márgenes de ganancia extraordinarios, estatalmente defendidos y políticamente garantizados.

En este sentido, el trabajo de Alfonso Ortí ha sido, a lo largo de los años, un ejercicio brillante e iluminador de sociohistoria, como a él le gustaba definir al enfoque de pensamiento en el que se movía, pero no sólo porque era la síntesis cierta de su formación intelectual y su desarrollo profesional, sino porque como Gerard Noiriel define la sociohistoria –en su brillante *Introducción* a la materia– ésta se presenta cómo un enfoque autónomo, esto es, como el estudio del pasado en el presente, realizado contra cualquier reificación de las prácticas sociales, en una reflexión permanente de las relaciones de poder y con una inclinación permanente al estudio de problemas empíricos precisos. Este enfoque del presente como historia-utilizando la brillante fórmula del maestro de economistas Paul M. Sweezy inspirada por Georg Luckás– hizo que los trabajos sobre el campesinado español de Alfonso Ortí, en los que se combinaba su erudición sobre la historia agraria española con un conocimiento concreto sobre el terreno de los sujetos específicos más característicos del mundo rural, producto de sus muchos estudios, informes y particulares etnografías.

No era de extrañar que con este bagaje metodológico Alfonso desbordase con brillantez las gastadas, planas y lineales tesis sobre el mundo agrario tanto del funcionalismo modernizador, como de la economía neoclásica, sin olvidarnos de las pobres aportaciones del marxismo más mecanicista; empeñados los unos en encontrar empresarios modélicos –o sermoneando a los campesinos por no ser suficientemente capitalistas– y los otros profetizando que el progreso de las fuerzas productivas y la agroindustrialización sería la base de una proletarización rural que acabaría por acercar al campesinado a la clase obrera o al eurocomunismo en el campo. Ortí describió y explicó a los actores campesinos en su posición social concreta y compleja, no como portadores de un ideal sujeto del futuro sino como sujetos reales con mentalidades contextualizadas, contradictorias y apegadas a su concepción de la vida social. Por eso en sus estudios podemos observar a los jornaleros en los latifundios o a los propietarios muy pobres-utilizando el título de la gran monografía Juan José Castillo sobre la subordinación política del pequeño campesinado en España, expresión literal de un campesino en un grupo de discusión realizado por Alfonso Ortí en 1975–, sin idealización de ningún tipo y como retrato preciso de las mentalidades de los sujetos sociales en conflicto. Los resultados intelectuales de los escritos agrarios de Ortí son tan espectaculares porque pocas veces hemos visto fusionar el análisis de las contradicciones simbólicas de los discursos campesinos (que se resisten a desaparecer) con la investigación estructural de las formas de subsunción de las prácticas tradicionales de la producción agraria en las más modernas cadenas de valor neocapitalistas (a la altura, e incluso adelantados, a los trabajos que realizaban en Europa autores como Claude Servolin o Kostas Vergopoulos en esta línea)

* * *

Lo mismo ocurre con sus aportaciones sobre la complementariedad del desarrollo del capitalismo español con el régimen franquista. Durante muchas décadas se aceptaba como principio la ilusión de las élites culturales españolas –incluidos intelectuales antifranquistas que militaron en el comunismo y fueron evolucionando, en el mejor de los casos, al liberalismo, cuando no al neoliberalismo– de que el franquismo había supuesto una rémora para el desarrollo del capitalismo en España, dejando así a salvo la imagen de una inencontrable burguesía emprendedora que supuestamente fue damnificada por la dictadura. Sin embargo los análisis sobre las modernizaciones (así en plural) españolas de Alfonso Ortí, fueron implacables, ningún impedimento verdadero se opuso históricamente a la revolución burguesa en España en una perspectiva de larga duración y la particular vía semiperiférica de constitución del capitalismo español se fue sustentando y aprovechando de las formas políticas más autoritarias, formas que acabaron creando las bases a partir de 1958 y el Plan Estabilización de esos años, para la consolidación de un modelo de modernización económica dependiente (aprovechando los excedentes tecnológicos y financieros europeos y norteamericanos de la era keynesiana) sin modernización política sustantiva y con una modernización social deficiente y retardada.

Este mismo carácter crítico le sirvió a Alfonso para darnos una lectura especialmente avanzada y clarividente de la transición política española a la monarquía parlamentaria y el ahora conocido como *Régimen del 78* –de hecho, fue de los primeros en conceptualizarlo como tal–, frente a las visiones puramente celebratorias de las conquistas históricas de la política postfranquista (que dieron lugar al género de los “transicionólogos” que cantaban las virtudes de nuestra honorable experiencia e incluso las instrucciones para exportarla a otros territorios); aquí nos encontramos con una interpretación que nos hizo ver las consecuencias sociales del pacto amnésico de las élites naciona-

les que alumbró un modelo sociopolítico que olvido pronto tanto los orígenes autoritarios de sus fundamentos, como las posibilidades reales de redistribución de poderes (y de riquezas) que una ruptura democrática representaba. Desde su republicanismo serio, consciente y prudente, Ortí se encargó de demostrarnos que las nuevas oligarquías, y los nuevos caciquismos, habían tomado carta de naturaleza en lo que para muchos parecía, entonces, el immaculado régimen *juancarlista*.

Y esos finísimos diagnósticos sobre el dependiente modelo de modernización económica española y sus repercusiones en la construcción de los sistemas de dominación política de los últimos ciento cincuenta años, sólo podían realizarse a partir de un conocimiento exhaustivo de la estructura de clases y su evolución en nuestro país. Los trabajos de Alfonso Ortí sobre la evolución y reproducción de las clases sociales y especialmente de las clases medias, a partir de la relectura cuidadosa de los textos centrales de Marx y el marxismo clásico (Stalin y Ossowski), las aportaciones de la Nueva Izquierda (Martin Nicolaus, Göran Therborn), el marxismo analítico (Eric O. Wright) o la Escuela de la Regulación francesa (Michel Aglietta) aplicada a las diferentes etapas del desarrollo capitalista español (que conocía empíricamente y de primera mano gracias a sus muchos trabajos sobre los cambios de formas de vida de la población en el cambio de una sociedad tradicional a una sociedad de consumo), acaban cristalizando en textos que se han convertido en clásicos, sociológicamente modélicos y definitorios en el conocimiento de la estructura social de nuestro país, con grandes aportaciones a este campo como su teorización sobre el declive de las clases medias patrimoniales –basadas en la pequeña propiedad– y su progresiva sustitución en el modelo de acumulación de capital (y de construcción de la hegemonía ideológica) por las clases medias funcionales –clases de renta– basadas en la producción, distribución y comercialización de los excedentes mercantiles. Teorizaciones, además, de muy brillantes analíticamente, rigurosamente originales y que han dado potentes claves interpretativas sobre la realidad social española a muchos sociólogos españoles de varias generaciones.

* * *

Pero, por si esto fuera poco, la aportación de Alfonso Ortí a la sociología española se hace omnipresente en el ámbito de las metodologías de investigación social, tanto en su desarrollo teórico de la fundamentación de un *cualitativismo* concreto, crítico y dialéctico, como en la realización de una ingente cantidad de informes e investigaciones empíricas de encargo, ya sea para clientes institucionales, ya sea para empresas o institutos de investigación de mercados. En férrea colaboración (y amistad de años) con el inteligentísimo y meticuloso docente e investigador Ángel de Lucas y con Jesús Ibáñez un gigante del pensamiento estructuralista y postestructuralista –que renovó radicalmente el pensamiento teórico español *más allá de la sociología* y cuya obra sigue siendo objeto de libros y monografías en varias áreas de conocimiento (incluyendo algunos artículos de Alfonso Ortí sobre Ibáñez que todavía engrandecieron más la talla intelectual de los dos)– se formó un equipo que se constituyó como un auténtico colegio invisible de la sociología española, que regeneró, renovó y fundamento desde los años sesenta una manera de hacer investigación social en nuestro entorno, logrando una ruptura total con las formas más convencionales de afrontar la práctica sociológica, así como consolidado maneras de hacer y de concebir el oficio de la sociología que siguen en plena vigencia en la España de hoy, ampliándose y enriqueciéndose de manera permanente.

Sin pretender ser los jefes académicos de nada ni nadie, ni erigirse en maestros intelectuales al uso, este triunvirato Ortí, Ibáñez, de Lucas, por su generosidad y carisma han sido capaces de formar y motivar a varias generaciones de *metodólogos de lo concreto* que se han difundido por todos los ámbitos de la práctica profesional de la sociología española. Los fundadores de esa *Escuela Cualitativista de Madrid*, como no sin cierto humor la bautizó el propio Alfonso Ortí con su temple habitual, demostraron pronto que esas maneras de hacer y pensar (que tantos seguidores han conseguido en ya bastantes años a lo largo de toda la geografía de nuestro país) no sólo eran formalmente brillantes y perfectamente articuladas en su arquitectura lógica, sino que también reportaban una calidad y eficacia en la investigación (incluso una eficacia económica para las empresas, lo que explicaba su demanda profesional y el prestigio en campos donde eran venerados como los estudios publicitarios o sobre el consumo en general), que pocas veces se lograban por otras vías.

En particular, Alfonso Ortí era un portento en la agudeza de la observación y en la sensibilidad de su mirada sociológica, una mirada educada y cuidadosamente renovada en un esfuerzo consciente de reflexión y pensamiento crítico constantes. Desde su paso a principios de los años sesenta por el Colegio de España en Múnich y su relación con el mejor pensamiento social alemán de su época (por ejemplo con el gran René Köning), Alfonso Ortí había reforzado su admiración impenitente por Hegel, por un Marx lo más dialéctico posible –siempre lo recordaremos casi declamando en alemán con mucha gracia la *Tesis once* o párrafos completos y espectaculares del *Manifiesto*–; y estas lecturas, difíciles de hacer en la España de la época, lo fueron llevando y se fueron enriqueciendo como era de esperar con el torrente principal de la primera y segunda generación de la Escuela de Frankfurt, que lo acompañarían durante toda su vida.

Gran conocedor de los logros analíticos del estructuralismo lingüístico y antropológico de los años cincuenta o de la semiología de los años sesenta y setenta del siglo pasado, Alfonso nunca perdió su afán por integrar en un programa de investigación rigurosamente personal todas esas fuentes en un constructivismo concreto y dialógico donde sus muy diversas lecturas, desde el Adorno o el Habermas de *La disputa del positivismo en la sociología alemana* a las *Mitologías* de Barthes o el *Signo* de Umberto Eco, sin olvidar al psicoanálisis del propio Freud o de Melanie Klein, que no se planteaban como simples referencias formales o de autoridad, sino como herramientas para llevar a cabo siempre indagaciones originales y aproximaciones metodológicas renovadas y contextualizadas, Nada había de eclecticismo mecánico en esa búsqueda, sino un minucioso trabajo permanente en el despliegue de

ese constructivismo concreto que le llevaba a ejercer una rigurosa vigilancia epistemológica —en el sentido de Pierre Bourdieu—, no como un *parti pris* abstracto o una inclinación teorícista, sino como una necesidad con los años de desplegar una particular hermenéutica de lo social —o una *sociohermenéutica* como la acabamos denominando en su momento— donde lo teórico y lo empírico se fundían en un modo de investigación dialéctica (interpretación del sentido, el lenguaje, las prácticas conflictivas de los actores, los contextos históricos) que desbordaban por todas sus aperturas las teorías de alcance medio del funcionalismo o los excesos cuantificadores del empirismo abstracto (la referencia a C.W. Mills era siempre obligada en la sociología de Ortí).

* * *

El grupo de discusión fue siempre la gran apuesta y la gran contribución rigurosamente original a la investigación empírica tanto de Alfonso Ortí, como de Jesús Ibáñez y Ángel de Lucas, y en sus usos poco tiene que ver con el *focus group* típico del conductismo social con el que muy erróneamente a veces se le asimila o se le confunde. El grupo de discusión para nuestros autores era un espacio donde se reconstruían las capacidades discursivas de sujetos sociales concretos en una situación dialógica conflictiva y referidas a posiciones sociales (e ideológicas) realmente existentes y por ello es un dispositivo donde cristaliza un *conflicto de interpretaciones* que sirve para construir la interpretación del científico social (Paul Ricoeur también fue otra referencia permanentemente resonante en el mundo metodológico de Alfonso Ortí).

Pero ni los grupos de discusión en sí mismos, ni los diseños cualitativos, ni la forma de plantear el análisis del discurso pueden ser explicados ni comprendidos sin la particular capacidad hermenéutica del propio Alfonso Ortí y su genuina *modestia metodológica* (frente al narcisismo imperante del sociólogo académico) encarnada en todas sus realizaciones y expresiones, desde el texto académico al informe de empresa, desde cada uno de sus barrocos esquemas a la más rutinaria clase (que se preparaba sin regatear esfuerzo y con cuidado obsesivo). Porque siempre que pensaba ponía en juego un ejercicio de imaginación antiburocrática, una imaginación que además de ser sociológica (C.W. Mills, otra vez y siempre) es fundamentalmente *radical*, en el sentido que le da a este concepto Cornelius Castoriadis, esto es, que se adentra en ese *magma* de significaciones imposibles de cerrar y clausurar por fórmulas estandarizadas, funcionales o algorítmicas, y que constituyen un flujo de representaciones que remiten a la forma de creación del sentido en situaciones concretas por actores concretos. Nada hay de mecánico, determinista, rutinario o convencional en los análisis de Alfonso Ortí, que se convertía en cada ocasión en metodólogo de lo concreto y en artesano *ad hoc* para cada investigación en la que estaba implicado.

No hay que olvidar tampoco que además de un legado más o menos académico, nos encontramos con una soberbia producción de Alfonso en el ámbito de la mal llamada *literatura gris*, con una cantidad ingente de informes de empresa, estudios de mercado, o monografías de encargo para un número nada desdeñable de instituciones públicas, todas ellas realizadas sin escatimar ni tiempo ni esfuerzo y entregándose de manera casi vehemente a su escritura incontenible, pero altamente reflexiva. Por lo que el magisterio de nuestro autor también ha quedado demostrado por sus muchos y solventes trabajos en el mundo de los estudios de mercado y opinión pública en su larga dedicación que ha dejado centenares de páginas de calidad muy superior a la habitual literatura gris en la que formalmente se encuadraban y que aquí resplandecían y brillaban siempre como el más exigente de los ensayos teóricos. Ángel de Lucas, Jesús Ibáñez y Alfonso Ortí introdujeron un estilo especial y reconocible en los estudios de mercado y publicitarios españoles de los años sesenta y setenta que todavía hoy perdura y es recordado en la memoria metodológica de ese sector.

Alfonso Ortí concretamente investigó para empresas de estudios de mercado y agencias de publicidad como Eco (donde fue técnico en plantilla a lo largo de prácticamente toda la década de los sesenta), Alef, Publinova, Contrapunto, Tándem o Cimop, entre otros; y para un número similar de Ministerios y agencias estatales (Ministerio de Agricultura, CIS, Instituto Nacional del Consumo, Ministerio de Información y Turismo, etc.), donde entregó páginas de calidad insuperable, mucho más allá de la pura escritura alimenticia, y que conforman hoy una especie de legado “oculto”, buscado y rescatado con ahínco por investigadores jóvenes. Y es que en gran medida el cualitativismo español en su primera época encontró mejor acogida y comprensión en las empresas de investigación de mercados que en la universidad franquista más interesada por la institucionalización de una sociología funcionalista acorde con los planteamientos modernizadores y tecnocráticos del régimen en los años sesenta, muy interesado en enterrar la imagen y el pensamiento de corte tradicionalista típico del franquismo autárquico. Desde muchos frentes se está recuperando hoy esta insólita fuente de conocimiento sociológico que son los estudios y documentos no publicados de Alfonso y que alguno de ellos ya circulaba por las redes informales de los sociólogos españoles desde hace mucho tiempo —Ortí siempre ha estado muy presente en el *sociograma* de la sociología española, mientras se resistía a ocupar cualquier lugar en el organigrama burocrático— y que hoy son considerados como joyas intelectuales que siguen deslumbrando a los que los conocen por primera vez.

* * *

Bien conocida es también la pasión docente de Alfonso Ortí, muchas generaciones de alumnos suyos lo recordamos apabullados ante su capacidad comunicativa, la inusitada riqueza y profundidad de sus contenidos, el entusiasmo por enseñar que demostraba, así como los materiales, esquemas y centenares de fotocopias —la inmensa mayoría de las veces pagadas de su propio bolsillo en la copistería de su barrio— que entregaba por cada lección. Pero, sobre todo, se caracterizaba por su inmensa amabilidad, simpatía y respeto a sus estudiantes con los que conectaba siem-

pre (incluso con públicos no especialmente proclives a compartir sus enseñanzas). Impulsor siempre de experiencias formativas *alternativas*, como sus míticos cursos en CEISA, Escuela Crítica de Ciencias Sociales, lugar que ha pasado a ser considerado el epicentro del antifranquismo teórico (y político) de las ciencias sociales españolas a finales de los años sesenta; o, como, ya en los últimos decenios del siglo XX y primeros años del siglo XXI, su participación siempre esforzada e integral en el desarrollo del curso de postgrado de la UCM: *Praxis de la sociología del consumo*, otro de los hitos comunitarios en la consolidación de la investigación cualitativa en España, donde se llegó a fusionar un amplio equipo docente que en sí mismo suponía una renovación y enriquecimiento de los planteamientos asentados por Alfonso Ortí, Jesús Ibáñez y Angel de Lucas, con varias remesas de jóvenes que en ese momento estaban en un momento de formación avanzada y que hoy en su inmensa mayoría son profesionales de primer nivel en la investigación, la docencia o la consultoría social. Pero nunca hay que olvidar, las muchas clases oficiales que Ortí ofreció en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM, y luego en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la UAM, donde fue profesor desde mediados de los años setenta hasta el año 1999, clases que siguen estando presentes y comentadas con asombro cuando se reencuentran y reconocen algunas de las muchas personas que pasaron por sus cursos y que no los han olvidado jamás. La docencia oficial, nunca fue para Alfonso Ortí una rutina o una obligación cansina, cada clase era una nueva clase, guionizada y dramatizada, acompañada de sus esquemas, documentos de actualidad y ejemplos originales seleccionados para cada sesión en el aula.

Esta misma pasión sociológica de Alfonso Ortí le llevo a ser personaje importante también en el impulso de un asociacionismo profesional cívico y no corporativista, impulsor fundamental para la creación de una red de grupos de reflexión y defensa del hacer sociológico que por primera vez trataban de dar visibilidad y difundir una imagen coherente de la sociología y sus razones en una sociedad democrática justo en los primeros momentos de la transición política de los años setenta y primeros ochenta. Sus trabajos al frente de la Asociación Castellana, hoy Madrileña, de Sociología, primero, y la creación luego de lo que sería la base motora de la Federación Española de Sociología, era una nueva prueba de la generosidad de Alfonso y su ilusión por impulsar proyectos colectivos y colaborativos, olvidando como siempre el egoísmo personal o la búsqueda de reconocimientos narcisistas. Esos intereses prácticos por el devenir de la sociología española fueron también teóricos y por ello nos brindó las que pueden ser consideradas algunas de las mejores páginas de la *sociología de la sociología* española, donde en un alarde de la reflexividad y uso práctico de las categorías de análisis Alfonso era capaz de entrecruzar su propia trayectoria personal –en grandes y brillantes crónicas de su experiencia, ejemplo de la mejor forma de realizar el *autoanálisis de un sociólogo* que diría Pierre Bourdieu– con los momentos claves de la crisis, recuperación y reconstrucción de la conciencia sociológica española. Pocas veces textos escritos desde una perspectiva tan personal y comprometida han tenido la capacidad de revelar las estructuras, continuidades y cambios de un campo tan complejo como el de la sociología española, tomando a éste como a una institución social en perspectiva histórica y no como un simple grupo de intereses académicos o funcionariales.

* * *

En fin, Alfonso Ortí ha sido un ejemplo de práctica profesional y talante personal que ha dejado una huella profunda en varias generaciones de la investigación social en España. Persona luminosa, sabia, acogedora, brillante y extraordinariamente próxima que eligió una vía absolutamente personal –y difícil– para realizar con coherencia férrea su proyecto antiburocrático y emancipador de práctica sociológica. Muchos –tantos que sería imposible solo reseñar aquí una mínima parte– nos hemos beneficiado de sus enseñanzas y sus atenciones; y su obra es una fuente inagotable y una caja de herramientas infalible para continuar con la labor interminable del análisis de la realidad social y sus mutaciones permanentes. En las contribuciones de Alfonso hemos aprendido que la sociología crítica –una sociología que recoge la tensión entre lo dado y lo posible, entre la reproducción y la creación, entre lo instituido y lo instituyente– es una permanente llamada de atención a la posición cívica del investigador social, así como a las dinámicas de producción del sentido de los sujetos sociales que configuran los campos concretos de estudio. Así como que esta sociología crítica no solo no limita o dificulta la capacidad explicativa e interpretativa del análisis social y su práctica profesional, sino que es imprescindible si queremos no ser simples máquinas de reproducir (y ampliar) los poderes económicos, políticos y sociales naturalizados.

Esa huella profunda que deja Alfonso Ortí en la sociología española durará muchos años y abrirá caminos para seguir renovando una investigación social cívica, crítica y creativa; seguro que su legado –personal e intelectual– servirá para continuar *transformando la historia*, porque *todo lo que es sólido se desvanece en el aire*, pero la figura de Alfonso Ortí seguro que va a permanecer en la memoria viva del imaginario social y sociológico de nuestro país más allá de los recuerdos personales de los que tuvimos la fortuna de conocerlo directamente.